

EL ESPACIO DEL TEXTO

Antonio DOMÍNGUEZ REY
UNED. Madrid.

La noción de texto, la textualidad, no es unánime. La usamos como un axioma, algo incuestionable para todos, pero que realmente nadie ha demostrado aún de forma irrevocable. Tenemos todos una idea intuitiva del texto y así distinguimos fácilmente entre texto y no texto, texto oral y escrito, etc. Dentro de esa noción primera, incluimos delimitaciones subyacentes como la de proposición o propuesta. El texto es algo escrito o hablado que nos proponen. Comprende un soporte, una intención o entrega y un código. Remite a algo material y a la materialización de una intención mediante signos o señales apropiadas. Contiene un marco comunicativo o la comunicación –oral, escrita, textual, icónica, etc.– supone un marco de encuadre que también lo delimita. El texto presenta unos límites que afectan a su propia configuración. Estructura un espacio y, en él, una extensión simbólica que, a su vez, integra y contiene tiempo. Marco, por tanto, espacio-temporal de la intención comunicativa inmediata, como en el acto de habla, o mediata, a través del testimonio en cualquiera de sus dimensiones.

A pesar de esta evidencia, hay autores que no admiten la noción de texto. “Le texte n’existe pas”, dice, por ejemplo, L. Hay (1985:147-158). Para este autor, no existe una definición absoluta de texto porque éste siempre remite, como mínimo, a un marco cuya superficie es relativa, cambiante.

Fueron los estructuralistas quienes idearon el texto como un producto cerrado, “ríguosamente separado”, anota M. Arrivé, “del antes y del después que permanecen exteriores a él (aunque sean internos a la obra que de este modo parece integrar texto, pre y pos-texto” –M. Arrivé (VII: 6043)–. Efectivamente, la noción textual debe al estructuralismo la imagen de un marco concluso, definido, como si el texto fuera unidad orgánica de vida latente, susceptible de animación cuando alguien, el descodificador, se acercaba a él. Pero esta propuesta implica ya, de acuerdo con L. Hay, “una construcción intelectual en tanto que pre-texto” –L. Hay (1985: 150)–. Por más que éste figure en él, nunca será, por lo menos en tiempo –tampoco en espacio muchas veces–, el texto presentado. Louis Hay recuerda también, apoyando su relatividad textual desde el marco de la crítica genética, el concepto de lectura en

Mallarmé, cuyo acto constituye para el poeta francés el objeto del texto, extensible asimismo a la mirada, al movimiento de los ojos alzándose sobre el libro hacia un paisaje –L. Hay (1985: 153)–. La mirada también es marco textual. Louis Hay afirma además que ningún estudio del texto permite conjeturar las operaciones de escritura que lo han precedido –L. Hay (1985: 154)–. Es en algún modo, por tanto, un corte espacio-temporal, alejado del instante de producción. Aquí encontramos de nuevo los criterios de propuesta y soporte material. ¿Es el texto que actuó en estos instantes el mismo que le precedía cuando preparaba las notas y el mismo que llegará al interpretante? Sí y no. ¿No son el mismo texto el acto espontáneo de habla y las presuposiciones que lo subtienden a medida que hablamos? Sí y no, también.

El texto se presenta como un corte en un espacio-tiempo vital. Por eso es símbolo desde su misma materialidad constitutiva. Adquiere entidad orgánica, como propone el estructuralismo, en cuanto susceptible de corte y muestra. Una vez cortado, propuesto, en el mismo corte o proposición, si se quiere, lo dotamos de principio coherente, sistemático, hasta tal punto que, al cambiar uno de sus formantes, varía el conjunto en alguno de sus aspectos. Tiene ley propia, un principio anímico. Y en él volvemos a actuarnos cuando releemos, nos escuchamos o leemos y escuchamos a otros. No existe diálogo sin monólogo, y viceversa.

Para L. Hay, el pretexto permanece, en este acto materialmente constituido, como forma virtual y tercera dimensión de lo escrito. Respecto de él, el texto resulta un posible necesario –L. Hay (1985: 158)–.

Es evidente que este autor distingue entre dos procesos, el de formalización y el de recepción textual, es decir, un nivel onomasiológico y otro semasiológico. Ahora bien, ambos niveles funcionan al mismo tiempo –tiempo lingüístico se entiende– en el emisor y en el receptor. En aquél porque va “supervisando” la formalización: escoge entre una oferta múltiple de signos, corrige, sustituye, etc. El receptor, por su parte, al recomponer, efectúa una operación similar, de contraste.

Donde mejor percibimos esta unidad es en la composición misma, sobre todo creadora. Un poeta actual francés, J. Roubaud, se opone en verso a la noción de pretexto, tal como la exponemos aquí siguiendo a L. Hay. Dice:

*La possession par ma voix n' est plus qu' un ordre
instantané elle n' a plus d' existence antérieure
à ce quelque chose surgi se représentant soi-
même –J.Roubaud (1981: 28)–.*

He aquí una división tajante dentro de la noción textual, o el texto mismo por excelencia, que actualiza y comprende su propia formalización, como el todo absoluto del instante. Entre la tercera dimensión de L. Hay y esta inme-

diatez de J. Roubaud existe un abismo. En ese espacio inconmensurable se define o indefine la propuesta teórica del texto y sus divisiones alternas: oral, escrito e icónico. J. Roubaud pretende las tres en un acto único. ¿Cómo? Activando el acto mismo, la conciencia –refleja o no– de ser acto el lenguaje, la unión de acto y acción, pues solemos considerar el primero como algo ya realizado, sin detenernos en la acción que implica. El poema de J. Roubaud es acto performativo ilocutorio, en el sentido de Austin, pero sin paráfrasis posible, ya que cualquier modificación de propuesta lo convertiría en otra cosa. Y no hay en él ninguna intención perlocutoria. La palabra, tal cual aparece en el texto, no tiene un sentido anterior o posterior a sí misma. Cualquier otro que podamos encontrar, ya está en ella. Constata al tiempo que enuncia. Lo añadido es verificación de lo ya en ella inscrito. El texto configura su propia genética.

Reencontramos entonces la propuesta estructuralista, pero con un sentido nuevo de apertura o “fluorescencia” incesante. El marco se desmarca sin perder sus límites cuánticos. Este plus de coherencia permite otra diferenciación textual, además de la señalada por el soporte. Nos referimos a la prosa y al verso, en la escritura; al habla coloquial y a la periódica, más o menos rítmica –discurso, artículo, poema, etc.–, en el lenguaje oral.

Oralidad y escritura responden a tradición e historia. Una exige presencia de emisor y receptor y otra los implica. La lengua es presencia; la escritura, ausencia. Pero lo presente de la lengua casi siempre actualiza lo ausente, lo no inmediato del instante. Por contra, lo ausente de la escritura se hace presente por arte de magia analógica. Los grandes ausentes son los significados, siempre implícitos. Presencia y ausencia nunca funcionan como términos absolutos. Remiten uno a otro de continuo; el significante al significado, y viceversa; el signo a la realidad designada; ésta, a su representación o noticia; ésta, a su vez, al modo de percepción y sensación previa.

La oralidad se constituyó en sistema gracias a la fonologización del pensamiento. Saussure considera un “lazo natural” entre pensamiento y voz, sentido y sonido, dos masas amorfas que determinan el hecho “en cierta manera misterioso” del “pensamiento-sonido” (“pensée-son”) –Saussure (1983: 156)–. Poco a poco, comenta J. Derrida, el fono (“le phoné”), a través de la voz, se convierte él mismo en conciencia al ser producido de modo espontáneo sin ningún apoyo o servicio de instrumento mundano. Pasa a ser transparente y deja vía libre al concepto, pero con un resultado entrópico: la transparencia olvida el cristal que la permite. La exterioridad del significante se reduce –J. Derrida (1971: 15)–.

Estamos ante un caso opuesto al de J. Roubaud. Allí veíamos que lo externo se constituye a sí mismo en texto. El cristal deja pasar la luz pero refulge él mismo sin alienación posible entre el concepto, como hace el lingüista, y el objeto, como añade el semiótico. Es ésta precisamente la ambigüedad del signo resaltada por J. P. Sartre diferenciando la poesía de la prosa: implica que podamos atra-

vesarlo libremente “como un vidrio y perseguir a través de él la cosa significada o tornar su mirada hacia su realidad y considerarlo como objeto” –J. P. Sartre (1948: 18)–. El poeta se detiene en esta realidad; el hablante la reduce y deja de lado, aunque no siempre: el significante puede generar otros signos.

La reducción del significante a simple transparencia favoreció el marco textual de la expresividad, el considerar todo texto como expresión de un pre-texto que puede ser incluso auténtico pretexto, según sucede en etapas conocidas de la historia literaria o en gran parte de la oratoria decimonónica.

Este factor determinó en lingüística un privilegio fónico en detrimento de otras sustancias expresivas, como la escritura. Nada queda hoy, por ejemplo, de la iconocidad primitiva de la yood hebrea, que significaba mano y se representaba con un pictograma de igual o parecida imagen, o con una especie de y griega de la que derivaría la iota helena y la I o J romanas. Nadie piensa tampoco en la primitiva pictografía del ojo, representado como tal entre los semitas, y que los griegos redondearon en ómicron, y desde entonces hasta nuestra o actual. A pesar de esa pérdida, la m romana, que es la nuestra, aún conserva el perfil semita de “men”, agua ––, que usan los niños para representar la superficie marina.

El ojo estuvo pendiente de la voz y del significado. Aún lo está entre pueblos orientales. Pero no era sólo el ojo. Era también la mano, la cinética de los dedos, que aún continúa hoy grafiando la voz del pensamiento, de forma mediata o inmediata.

El primer sonido del nombre del objeto se representaba con un pictograma del mismo objeto. Después se prescinde del icono objetual y se reduce o transforma poco a poco, a través de uno de sus perfiles, en grafía estilizada de la voz, que pierde de este modo una referencia icónica más ceñida a la realidad designada. A pesar de esto, no desapareció la iconocidad de base. A medida que el discurso ganaba en abstracción, perdía el habla en concretismo.

Algo similar sucedió probablemente con los sonidos. Fueron perdiendo carácter descriptivo en el transcurso de sus implicaciones relacionales, y con éstas, los conceptos. De hecho, el fonema, unidad básica de la lingüística, es un concepto, una entidad psíquica ni fónica ni mental, un *tertium quid* o intermedio que permite explicar el mecanismo sistemático de la lengua. Lo otro es habla, pintura fonética de la realidad tal como la concebimos, no como la vemos o sensibilizamos.

Saussure redujo aún más la función de la escritura respecto del lenguaje, sistemas diferentes y subordinado el primero al segundo –Saussure (1983: 45). Esta nueva reducción del significante se une a la primera en pro del contenido. Desde el punto de vista sistemático, las implicaciones icónicas y cinéticas entre fono y grafo no importan. Este desinterés permitió establecer una autonomía de la lengua frente a cualquier otro sistema, pero, caso curioso, una vez establecida, se presentó como modelo estructural de otros sistemas no fonéticos, sino icónicos. Lo prescindido revierte al final como campo de proyección. Sabido

es que Saussure enmarca la lingüística dentro de una semiología general, a la que aporta, siendo parte suya, principios generales de funcionamiento.

Esta separación está hoy en crisis. Al sistematizar la lengua, se marginó demasiado el marco comunicativo, social, en el que se mueve, y el perceptivo-productivo, también social, en el que se realiza. Saussure caracterizó el signo como temporal discreto. La sucesión sígnica es lineal, pero remitida al tiempo articulatorio, no al espacio, aunque Saussure recurre a él para explicar la cadena temporal auditiva, ya que el significante es de tal naturaleza. Los significantes acústicos, dice, sólo disponen de la línea del tiempo. Forman, uno detrás de otro, una cadena. “Este carácter”, sigue diciendo, “aparece inmediatamente desde que se representan (sus elementos) por la escritura y se sustituye la línea espacial de los signos gráficos por la sucesión en el tiempo” –Saussure (1983: 103)–.

El devenir o hacerse espacio de la cadena hablada le sirve a J. Derrida para introducir un principio diferencial en el orbe lingüístico y recordar que en el espacio se establece “toda correspondencia entre palabra y escritura, todo tránsito de la una a la otra” –J. Derrida (1971: 19)–. De este modo, J. Derrida vuelve la mirada a la semiología y estudia, a la par, grafemas y fonemas, la grammatikalidad de los elementos en un sistema o en el cruce de sistemas, porque ninguno de ellos existe en absoluto, sino siempre relacionalmente a otra unidad o elemento, presente o ausente en la cadena considerada. Cada elemento se constituye a partir de la huella –“trace”– en él de otros del sistema. En el campo semiológico, el habla no prescinde de la escritura, ni ésta de aquélla. A esta interpolación la denomina texto. Su unidad es el *gramma* o la diferencia. Surge así un nuevo concepto de escritura y textualidad.

J. Derrida resuelve de este modo la antinomia establecida entre el pretexto, el contenido precedente a una teoría de la expresión no simultánea, y el texto en sí en cuanto objeto presentado a observación. El pre-texto, el sentido –sens– inicial, ya es el mismo texto. Está constituido por una diferencia intrínseca, intratextual. Es verdadero tejido, cruce de fibras. La “presumida interioridad”, dice, “del sentido está ya trabajada por su propio exterior”; “ya es diferente antes de todo acto de expresión” –J. Derrida (1971: 24)–; por tanto, podemos añadir, ya significa en su concepción misma.

Al remitir grafema y fonema al *gramma*, J. Derrida recuerda el imperio del todo sobre las partes sin que equivalga a la suma de ellas. Efectivamente, la lingüística estática, aunque en principio considera el marco comunicativo, lo olvida al sistematizar los elementos. Una visión semiológica no puede prescindir del acto unitario, comportamental, del habla y de la escritura, ya hable, escriba o lea.

Desde que McLuhan publicó la *Galaxia Gutenberg*, la intercanalidad textual es un hecho reconocido. No hay ya textos impolutos, incontaminados. Grafo y fonema se cruzan en la realidad del habla y de la escritura. La unidad textual es, como mínimo, doble. Habría que estudiar en qué medida interfieren

y se complementan uno y otro, pero estudiar sobre todo si existe en esta práctica un análogo de la iconocidad primitiva por amalgama de efectos: si al grafo lo acompaña algún efluvio del objeto por él representado; si sucede lo mismo respecto de los fonemas, y viceversa. En el comic se constata un principio de este fenómeno igual que en publicidad y propaganda.

Remitir a la pluricanalidad textual es evidenciar parte de su marco, en concreto el contexto, y sobre todo el denominado "contexto pragmático". A él recurre, por ejemplo, C. Segre para delimitar la naturaleza de un texto, especialmente su demarcación. Al texto lo delimita un contexto a su vez delimitado por un observador, o en palabras suyas, "los límites del texto los fija el estudioso del texto" –C. Segre (1990: 30)–. Normalmente se introducen marcas "iniciales o finales", como la pausa o el inicio absoluto en habla; los puntos y mayúsculas; las separaciones: sangrías, apartes, títulos, capítulos, etc. Para C. Segre es fundamental, en la distinción entre textos orales y escritos, la repetición o no repetición de los mismos. Los almacenamientos orales cambian, en razón del canal y de la situación, la pragmática de base. Nunca repiten del todo la matriz originaria. En un texto escrito, sí, por lo menos desde su presentación, no desde su historia. C. Segre olvida, no obstante, el carácter presencial de los interlocutores en los textos orales, la presencia de la voz al menos.

Para delimitar la unidad del texto, recurre también C. Segre a la paráfrasis. Tiene individualidad, es uno, si permite "una paráfrasis unitaria". Esto admite a su vez dos modalidades, integradora o reductora y sumaria. Aquélla integra elementos contextuales y conexiones implícitas: contexto en el texto; la otra, sumaria, elimina redundancias y accesorios, resaltando así la línea temática.

Este recurso tiene un alcance pedagógico evidente y así se aplicó en la pragmática humanista. La paráfrasis integradora favorece motivaciones y aspectos críticos al insertar el contexto en el texto. La sumaria es interpretativa y sintética: resalta lo irrenunciable del contenido, su pertinencia en un marco contextual. De esto deduce C. Segre una consecuencia importante. Con la paráfrasis constituimos –habría que decir reconstituimos– semióticamente los textos –C. Segre (1990: 32)–. Considera semiótico el paso del contenido textual a sus estructuras de superficie, mientras que es lingüístico "el paso de las frases nucleares a las estructuras de superficie" –C. Segre (1990: 33-34)–. Así distingue también un campo gramatical o de la frase y otro textual, lingüístico-pragmático, en el fondo semiótico, para la comunicación y la gramática del texto.

Las conclusiones de C. Segre reflejan en el fondo la separación que instituyó E. Benveniste entre el signo y la frase. La frase ocuparía allí el puesto que aquí se asigna al signo y cede su lugar al texto. No hay transición, dice E. Benveniste, entre signo y frase. Los separa un hiato. Llama semiótica a lo que C. Segre denomina gramática, a saber: la formulación sintagmática de los signos o su significación, mientras que reserva el nombre de semántica para la significación de los enunciados –E. Benveniste (1974: 65-66)–.

Lo que no convence es la separación establecida entre gramática y contenido. Recordemos a este propósito el concepto de *gramma* de J. Derrida. El paso del contenido textual a sus estructuras, semiótico en C. Segre, ya implica diferencias intratextuales, y la diferencia, incluida la gramatical, ya es texto. El contenido también se “grammaticaliza”, así como la “grammática” posee contenido. Esta consideración permite textualizar la misma sustancia del contenido, como sucede en los textos filosóficos. Por eso incluye J. Derrida la expresión en la diferencia y no en el enunciado propiamente dicho, porque éste mira más a la fonologización que al *gramma* o más al sistema que a la apertura intratextual. Si el enunciado privilegia el sentido sobre la diferencia, entonces difiere del texto gramático. Si el sentido es la diferencia misma, en tal caso coinciden. J. Derrida le concede también carácter semiótico⁷³.

La frase puede considerarse enunciado si atendemos a sus implicaciones actanciales, narrativas, o más bien dramáticas, siguiendo el parangón entre espectáculo y enunciado propuesto por L. Tesnière (1982: 102). Al proceso le corresponde el verbo; a los actores o actantes, los sustantivos; a las circunstancias, los adverbios; y al teatro en general del mundo, la sintaxis.

¿Qué propuesta textual, entonces? La denominada lingüística textual o la lingüística total implica, en diverso grado, todo lo que responde a progresión, continuidad, isotopía de contenido y no-contradicción –J. Cosnier (1982: 107-108)–. Todas ellas, sin embargo, refieren presupuestos generales del lenguaje o del conocimiento, por tanto presentes en cualquiera de sus manifestaciones, incluido el signo y la frase: anáfora, redundancia o reduplicación, linealidad y principio de no-contradicción. Si atendemos, por otra parte, a suposiciones, presuposiciones e implicaciones –Austin, Searle, Ducrot, etc.–, diremos que “son variantes semánticas de la situación y del contexto generado por el habla” o de la suposición y comunicación, presupuestos también generales del lenguaje –Domínguez Rey (1988: 93-94)–. El texto y su gramática nacen allí donde un signo remite un significante a un significado, o viceversa, sobre la base de una representación cósmica, es decir, sobre la noción vivenciada del mundo. Aislar el signo de la mundaneidad constituyente, es perderlo. Una lingüística semiótica debe apoyarse sobre los presupuestos existenciales de la comunicación. Su campo técnico comprende tres vértices mínimos: el espacio no

73. La *transposición* entre el hemisferio izquierdo del cerebro o sede de la modalidad simbólica –secuencias gramaticales y lógicas– y el derecho, de modalidad semiótica –componentes suprasedgmentales–, hace pensar a J. Kristeva en un “estado central fluctuante” del lenguaje entre uno y otro, como sucede con el “cerebro neuronal” y el “cerebro-glándula”, endocrínico –J. Kristeva (1987: 51)–. La *transposición* sería entonces el primer *gramma* neurolingüístico y espacio propio del lenguaje formado en la misma ausencia del objeto originario. El lenguaje se formaliza en objetividad constituyente. Surge en el vaciado –ausencia– de la realidad inmediata.

verbal, animal o icónico, el verbal propiamente dicho, del que se ocupa la lingüística en cuanto sistema, y el verbo-icónico, que atiende a la combinación de palabra e imagen en cualquiera de sus manifestaciones, como prensa, cine, televisión y “comic”.

Al fono y al grafo hay que añadir, pues, el icono. Si tenemos en cuenta que el grafo ya es icónico, nos quedaremos con las otras dos unidades más una tercera que surge de su mutua cooperación, el fono-icóno, presente en la escritura por conformación analógica o “grammática”, y en el habla de la teleimagen, tal vez también en la ordinaria, donde procedemos ya mediatizados por el “masaje del mensaje” o por el arrobamiento de la imagen. El texto moderno es, en conclusión, cuando menos, poliédrico. Y sólo una lingüística semiótica puede responder de forma coherente a las modalidades que presenta. El texto se textualiza sin pausa. Su límite es el interpretante y ninguno lo agota de modo absoluto, porque entre texto e intérprete brota siempre el intertexto del mundo dinámico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARRIVÉ, M. (VII). "Grammaire et linguistique / Le texte". En *Grand Larousse de la Langue Française*, 6043. Paris: Larousse.
- BENVENISTE, E. (1974). *Problèmes de Linguistique Générale*, 2. Gallimard: París.
- COSNIER, J. (1982). *Les Voies du Langage. Communications Verbales, Gestuelles et Animales*. Bordas: Paris.
- DERRIDA, J. (1971). "Sémiologie et grammatologie". En *Essays in Semiotics / Essais de Sémiotique*. Mouton: The Hague-Paris.
- DOMÍNGUEZ REY, A. (1988). *Masaje del Mensaje. Lingüística Semiótica*. Torre Manrique Publicaciones: Madrid.
- HAY, L. (1985). "Le texte n'existe pas. Réflexions sur la Critique Génétique". *Poétique*, 62, 147-158.
- KRISTEVA, J. (1987). *Soleil Noir. Dépression et Mélancolie*. Gallimard: Paris.
- ROUBAUD, J. (1981). *Dors, précédé de Dire la Poésie*. Gallimard: Paris.
- SARTRE, J. P. (1948). *Qu'est-ce que la Littérature?* Gallimard: Paris.
- SAUSSURE, F. de (1983). *Cours de Linguistique Générale*. Payot: Paris.
- SEGRE, C. (1990). *Semiótica Filológica (Texto y Modelos Culturales)*. Universidad de Murcia: Murcia.